

Las transformaciones de los medios de comunicación y el periodismo político durante la década del ochenta y del noventa en Argentina: un recorrido por las trayectorias profesionales de Jorge Lanata y Luis Majul.

Baldoni, Micaela.

Cita: Baldoni, Micaela (2010). Las transformaciones de los medios de comunicación y el periodismo político durante la década del ochenta y del noventa en Argentina: un recorrido por las trayectorias profesionales de Jorge Lanata y Luis Majul. *VI Jornadas de Sociología de la UNLP*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.

Dirección estable: <http://www.aacademica.org/000-027/675>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <http://www.aacademica.org>.

Las transformaciones de los medios de comunicación y el periodismo político durante la década del ochenta y del noventa en Argentina: un recorrido por las trayectorias profesionales de Jorge Lanata y Luis Majul

Micaela M. Baldoni*

Introducción

En 1977, en una conferencia en la Facultad de Periodismo de la Universidad de Belgrano, los periodistas políticos Bernardo Neustadt y Mariano Grondona eran indagados sobre la cuestión de la objetividad en el ejercicio de la profesión. Al respecto, estas eran sus reflexiones:

“Entonces me pregunté: Nosotros, los periodistas, ¿podemos ser objetivos? (...) Y muchas veces me he preguntado: ¿cómo puedo ser objetivo? Yo no soy un objeto, soy una persona ¿Cómo voy a hacer para ser objetivo? Podré ser equilibrado, podré ser ecuánime, pero no soy un objeto para ser objetivo.” (Neustadt, 1977:18)

“El drama es que una vez que hemos recorrido este pequeño campo donde el sol es el centro del sistema de la objetividad, debemos reconocer que esa objetividad es inalcanzable. No se puede alcanzar la objetividad absoluta.” “A mí no se me puede pedir neutralidad cuando escribo sobre un proceso en el cual se juega el destino del país.” (Grondona, 1977:50 y 54)

Veinte años más tarde, estas palabras que eran aceptadas como posiciones válidas en aquel entonces, podían ser objeto de indignación y crítica por parte de muchos periodistas que habían construido sus carreras dando por descontado que la “objetividad”, a secas, era una de las premisas básicas de su labor. ¿Qué es lo que había cambiado? ¿Se trata solamente de una diferencia generacional u otros factores habían intervenido en esta modificación del discurso y los valores periodísticos? ¿Da cuenta esta diferencia de una mutación en el papel que los periodistas juegan en el espacio público?

Intentando responder estos interrogantes, en la presente ponencia nos proponemos reconstruir los rasgos generales de las principales transformaciones que sufrieron, a lo largo de los años ochenta y noventa en Argentina, la estructura de propiedad de los medios de comunicación y el campo profesional del periodismo político. Más adelante, nuestra atención se centrará específicamente en los cambios producidos, en este contexto, en el perfil de los periodistas políticos a través del análisis de los casos de Jorge Lanata y Luis Majul. Con ese objeto, recorreremos de manera exploratoria sus trayectorias profesionales, atendiendo particularmente a la manera en que estos actores lograron posicionarse como figuras notables en su campo, es decir, mediante qué tipo de estrategias y actuaciones público-mediáticas pugnaron por ese reconocimiento, y cuáles fueron los principales bemoles que caracterizaron a sus intervenciones en el espacio público, particularmente en términos de su visión sobre la propia práctica profesional como sobre la política.

Hacia el cierre de esta presentación, intentaremos mostrar que más allá de la impronta que tuvieron los lineamientos generales que atravesaron al sistema mediático y al periodismo político en su conjunto, los recorridos profesionales de estos periodistas permiten también identificar

* Socióloga. Becaria doctoral tipo I, CONICET, IIGG, UBA. Docente de la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA e investigadora de la UNGS. Mail: micaelambaldoni@yahoo.com.ar

rasgos diferenciales en términos de orientaciones y lógicas de trabajo, que dan cuenta de las complejidades propias de todo campo profesional.

La transformación de la estructura mediática

En este apartado, intentaremos trazar algunas de las principales modificaciones que sufrió la estructura de los medios de comunicación durante los años ochenta y noventa en Argentina. Para ello cabe observar, que si bien el sistema mediático opera bajo lógicas específicas que alimentan y retroalimentan sus formas de organización, éste, en tanto sector fundamental de la industria cultural, se encuentra fuertemente imbricado con el contexto social en el que opera. En este sentido, Becerra y Mastrini señalan que “La influencia de las actividades industrializadas de comunicación en las sociedades contemporáneas opera en dos movimientos: es estructurada por la tradición política, cultural y económica de cada país, de cada región, y es simultáneamente estructurante de las condiciones políticas, culturales y económicas, toda vez que estas actividades infocomunicacionales permean las concepciones del mundo que las sociedades construyen” (Becerra y Mastrini, 2009:206). Por lo tanto, considerar las formas en que se organizan los medios de comunicación supone atender, a su vez, a una serie de factores que se relacionan con su desarrollo. Entre ellos se encuentran: las condiciones políticas y sociales en las que los medios operan; la relación de las empresas mediáticas con el Estado y con los partidos políticos; así como la forma que asumen las relaciones del espacio periodístico con el espacio político.

Frente a los modelos arquetípicos de estructura de los sistemas de radiodifusión mundial: el sistema privado y comercial norteamericano y el sistema público europeo; el caso argentino presentó, desde su inicio, una estructura mixta, similar a la de otros países latinoamericanos, signada por el entrecruzamiento de emprendimientos públicos y privados en el medio televisivo y radial (Waisbord, 1995: 125-128, Landi, 1992). No obstante, a pesar de esta estructura híbrida, a lo largo de su desarrollo los medios de audiovisuales establecieron una estrecha relación de dependencia respecto del Estado (Waisbord, 1995:104), a la vez que consolidaron una estructura altamente concentrada tanto en términos de propiedad como de producción de contenidos (Landi, 1992, Vommaro, 2008b: 21). Por el contrario, a diferencia de la radio y la televisión, la prensa gráfica se caracterizó desde sus inicios por la escasa injerencia que en ella tuvo el control estatal directo. La iniciativa privada y la defensa de diversos proyectos político-económicos signaron su desarrollo. Su apego a diferentes opciones ideológicas no supuso, sin embargo, su control por parte de los partidos políticos, con los cuales también mantuvo una relación de autonomía. Debido en parte, a que la prensa partidaria no tuvo en el país, como sí en otras latitudes, un desarrollo prolífico, los diarios “independientes”, aunque atravesados por intereses comerciales y políticos de los grupos sociales que los sostenían, dominaron el mercado nacional (Waisbord, 1995:98).

No obstante esta estructura, durante el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983), los medios de comunicación y el periodismo en su conjunto se vieron afectados, de diversos modos, por el control estatal del gobierno de facto. Los canales de televisión de la capital y las principales emisoras de radio, que se encontraban en manos del Estado desde 1973, se mantuvieron bajo la órbita de las tres armas militares durante casi todo el interregno. La censura pudo así aplicarse de manera discrecional en los medios audiovisuales. En

el caso de la prensa escrita, la injerencia del Estado se dio por vías directas de intervención y por vías indirectas de negociación con algunas de las grandes empresas periodísticas. En ese escenario autoritario y de represión, el apoyo explícito al régimen, en algunos casos, y la censura y la autocensura, en otros, marcaron en líneas generales al periodismo gráfico de aquellos años (Postolsky y Marino, 2008)¹. Hacia el cierre de este período, tuvieron lugar dos acontecimientos que marcarían el derrotero de los medios en las décadas siguientes. Por un lado, en 1980 la dictadura promulgó una ley de radiodifusión con una marcada orientación privatista, que si bien sólo se aplicó en algunos casos aislados durante estos años, constituiría uno de los pilares de las demandas de privatización de las empresas de medios durante el gobierno de Raúl Alfonsín. Por otro lado, la manipulación de información y el uso intensivo de los medios operado por el gobierno militar durante la guerra de Malvinas en 1982 afectó gravemente la credibilidad de los medios de comunicación, quienes junto con los periodistas aparecieron frente al público como cómplices del régimen.

La abolición de la censura y el restablecimiento de libertades cívicas como la libertad de expresión, promovidas por el gobierno democrático, abrieron un nuevo escenario para el periodismo y los medios de comunicación. Sin embargo, la administración radical no logró definir una política comunicacional precisa (Com, 2005) y hacia el final de la gestión la estructura de los medios se encontraba sustancialmente inalterada. Como sostiene Waisbord, la relación entre el gobierno y los medios fue tensa y conflictiva. En materia televisiva la situación era ambigua, los canales estatales se encontraban atravesados por criterios comerciales y políticos, no claramente definidos, y fragmentados entre las facciones intrapartidarias del radicalismo que se ocupaban de los distintos medios. Por otra parte, ante la indefinición del gobierno por un proyecto que reglara el sistema de comunicación, las compañías de medios de prensa promovieron un *push privatista*, que pretendía tanto la eliminación del artículo 45 de la Ley de Radiodifusión promulgada por la dictadura -que impedía que los propietarios de medios gráficos se presentaran a las licitaciones de los medios audiovisuales-, como la rápida privatización de los canales de televisión (1995: 130-133).

Más allá de que la estructura de propiedad no sufrió importantes modificaciones durante la década del ochenta, en este período emergieron nuevos criterios de legitimidad, enarbolados principalmente por las empresas mediáticas, que promovieron en la década siguiente la conformación de una estructura privada y fuertemente concentrada de la industria mediática. Tras el descredito que sufrieron durante la guerra de Malvinas, los medios realizaron, en los años de la transición democrática, una serie de estrategias tendientes a recuperar su prestigio. Como afirma Vommaro, la campaña pro-privatizadora fue acompañada de “la construcción de una voz autónoma de las empresas mediáticas frente a los partidos y el Estado” (2008b:29). La distancia con los principales actores del sistema político, sostenida por el discurso mediático, les permitía autopositionarse como mediadores sociales. La defensa de criterios comerciales se engarzaba así con una demanda política de autonomía periodística, que reivindicaba que la “objetividad” y la

¹ En este sentido, Waisbord señala que “El hecho de que la prensa argentina, a diferencia de los diarios españoles o brasileños, no tuvo un rol pionero ni explícitamente promovió la transición a la democracia (sólo cuando esta pareció inevitable) debe ser analizado considerando la relación entre la gran prensa y el Estado autoritario” (Waisbord, 1995:104). Por otro parte, cabe destacar que aunque esta fue la tendencia dominante en la prensa gráfica, también existieron algunos emprendimientos editoriales críticos y contestatarios hacia la dictadura, como la revista *Humor* y *El Porteño*, así como, desde el espacio intelectual, la revista *Puntos de Vista*.

“transparencia mediática”, reclamada por un nuevo público adepto a los valores democráticos, sólo eran realizables en el marco de la “independencia” de las empresas privadas (Vommaro, 2008 y 2008b).

Estos nuevos criterios de legitimidad periodística que colocaban a los medios como guardianes de la democracia, en tanto que contralor del poder político, se consolidaron aún más con la efectiva transformación de la estructura de propiedad del sistema de medios. En 1989, el electo presidente Carlos Menem modificó el inciso “f” del artículo 45 de la Ley de Radiodifusión y promovió la primera de una larga serie de privatizaciones con la licitación y adjudicación a manos privadas de los canales 11 y 13 de televisión abierta (Ulanovsky, 1997:127). El cambio legislativo operado posibilitó la conformación de multimédios y fue el puntapié inicial para el desarrollo de un proceso de privatización (Baranchuk, 2009) que a fines de la década colocaba a la Argentina como uno de los países con índices más altos de concentración de los medios (Becerra y Mastrini, 2008).

Con todo, en los años noventa, la industria de las comunicaciones no sólo se concentró sino que se amplificó significativamente. A la privatización de los medios ya existentes se sumó la irrupción del sistema televisivo de cable y de transmisión satelital así como la ampliación del negocio de las telecomunicaciones. Éste cambio cualitativo y cuantitativo de la estructura comunicacional promovió la conformación de una audiencia a nivel nacional (Landi, 1992); cuya búsqueda estableció a la competencia por el *rating* como uno de las lógicas centrales de las políticas de las empresas mediáticas, a la vez, que se constituyó como uno de los resortes de la pretensión representativa de los medios. En este sentido, sostiene Muraro, “La estrategia de maximización de la audiencia también provocó el desarrollo de una de las mayores creaciones literarias de nuestra época: el llamado ‘periodismo objetivo’ (...) La principal ventaja de ese recurso reside en que normalmente logra que sectores sociales de muy diferente orientación política, con valores a menudo opuestos entre sí, integren el mercado potencial de un mismo periódico, radioemisora o noticiero de TV” (1997:51-52). Asimismo, según Vommaro, “...esta objetividad era construida especialmente a partir de la pretensión de expresar los deseos de *la gente*. El público aparecía así como la fuente principal de la legitimación de la transparencia mediática, pero en este caso no se trataba sólo de las ‘audiencias’, sino también de un público constituido como ciudadanos ‘independientes’ cuyo derecho a la información objetiva y cuya expresión podían ser garantizados por las empresas mediáticas” (2008:138).

A medida que avanzó este proceso, también cambiaron sustancialmente las relaciones entre el espacio mediático y el espacio político. Si a principios de la década del ochenta los medios se encargaron de cubrir las disputas intra e interpartidarias y los procesos electorales, con el correr de los años y con la paulatina crisis que sufrían los lazos partidarios anclados en identidades políticas fijas, el espacio mediático fue constituyéndose como el escenario propio de las contiendas políticas. Una serie de procesos, que se consolidaron en la década del noventa, como la profesionalización de las campañas proselitistas (Waisbord, 1995), en las que ocuparían un lugar central los sondeos de opinión y las apariciones mediáticas de los candidatos (Vommaro, 2008a); el impacto de los géneros televisivos sobre los estilos y la retórica de la acción política (Landi, 1991, 1992a y 1992b; Quevedo, 1992); así como la irrupción de la figura de *la gente* como la forma de denominar, a la vez, a la “audiencia” y al conjunto de los ciudadanos “independientes” (Vommaro, 2008b); constituían algunos de los nuevos indicadores del

desarrollo del conocido proceso mundial de “mediatización de la política” en el medio local. Así, al mismo tiempo en que el espacio de la comunicación política se convertía en una de las arenas predominantes en las que se jugaba la construcción social del sentido, se multiplicaban los actores con capacidad de intervenir en los debates públicos: entre ellos, se encontrarían los expertos, los periodistas y los dirigentes políticos, más notables. Con todo, estos no sólo mantendrían entre sí relaciones de dependencia sino también, y principalmente, de competencia por ganarse “el favor del público” (Muraro, 1997).

En suma, durante el periodo atendido, los medios de comunicación modificaron drásticamente su organización hasta consolidar en la década del noventa una estructura de propiedad privatizada y altamente concentrada, que derivó en la conformación de grandes empresas multimediáticas. Al tiempo en que estos cambios estructurales acontecían, las compañías de prensa también trastocaron su relación con el sistema político. A partir de la reivindicación de la “objetividad” y la “independencia” como un patrimonio propio de la actividad periodística privada, estos construyeron una voz autónoma de los partidos políticos y el Estado, que les permitió posicionarse como mediadores sociales y representantes del público, combinando en una misma estrategia criterios comerciales y políticos. Asimismo, con la creciente crisis que atravesaba a los actores políticos, que empezaban a ser considerados como una “clase política” separada de la sociedad (Vommaro, 2008a y 2008b), el espacio de la comunicación política se tornó de más en más preponderante y, con él, nuevos actores profesionales aumentaron, a través del despliegue de diferentes estrategias, su poder de intervención en la esfera pública.

El derrotero del periodismo político

El periodismo político, principalmente gráfico, fue uno de los más afectados por la política de censura de la dictadura de 1976. Si el régimen militar permitió que algunos medios les realizaran críticas en torno a temas económicos (Heredia, 2002), la política autoritaria implementada y su principal sostén “la guerra antsubversiva” sólo podían ser tratados desde una mirada unívoca apegada a los lineamientos del Proceso (Postolsky y Marino, 2009). Una fuerte política de censura estatal así como la autocensura de algunos periodistas y medios explican la casi inexistencia de denuncias de violaciones a los derechos humanos frente a la política represiva ejercida por el régimen durante su mandato. Sobre este aspecto, un renombrado periodista especializado en temas mediáticos concluía: “De los siete años, siete meses y siete días que duró la dictadura militar el saldo para el periodismo fue de censura, pena y destrucción. Publicaciones clausuradas, editoriales enteras arrasadas, millares de despidos, brutal desmejoría en las condiciones de trabajo, numerosas amenazas, atentados con bombas, altísimo nivel de censura oficial y autocensura, más de cien periodistas presos, salvajemente torturados en la mayoría de los casos, casi el doble exiliado en distintos países, numerosos asesinados y un centenar de desaparecidos que hacen del medio de prensa uno de los más perseguidos y golpeados por la represión” (Ulanovsky, 1997:311).

El rápido proceso de transición, iniciado tras la derrota militar en la guerra de Malvinas, encontró al periodismo político, así como a los medios de comunicación en general, en una posición no muy favorable. Si el desprestigio por la manipulación de información durante el

litigio había afectado principalmente a los medios audiovisuales también había atravesado las filas de la prensa. Con la apertura democrática, la respuesta rápida que encontró el periodismo ante esta situación fue aquello que se denominó como “el destape”. Las páginas de los diarios y de revistas de divulgación masiva, así como las emisiones de los noticieros, se colmaron de notas sobre las aberraciones cometidas por la represión del régimen militar, “...la tragedia de la dictadura se transformó en show periodístico” (Ulanovsky, 1997:317). Si bien esto colocó en la agenda pública el tema de las violaciones de los derechos humanos durante el Proceso, el tratamiento sensacionalista de la temática no revirtió la situación de descrédito que atravesaban los medios. Principalmente, la televisión siguió siendo considerada como el medio con menor credibilidad (Waisbord, 1995:147).

Fue, entonces, en el espacio de la prensa gráfica donde el periodismo político dio los primeros pasos no sólo para sumarse al proceso democrático, sino para posicionarse como un pilar fundamental del mismo. La apertura democrática abrió nuevas condiciones y espacios para el desarrollo de esta especialización periodística. Por un lado, debido a la restauración de la política partidaria y al interés del público por su desarrollo, la mayoría de los diarios ampliaron sus secciones políticas apuntando a capturar ese mercado e incorporaron nuevos elencos de periodistas (Waisbord, 1995:106-107). Por otro lado, proyectos editoriales de prensa independiente consagrados a la publicación de revistas especializadas en temas políticos y culturales, se constituyeron en una especie de vanguardia periodística en pos de la democratización e incorporaron a sus filas a reconocidos periodistas políticos así como a una camada de jóvenes periodistas que se formarían en estos espacios.

Entre estas publicaciones, se encontraban la revista mensual *El Porteño* y el semanario *El Periodista de Buenos Aires*. *El Porteño*, nacido en 1982, fue uno de los pocos medios, junto a la *Revista Humor*, en tratar en plena dictadura la temática de los derechos humanos (Ulanovsky, 1997:293). Con un estilo contestatario y de resistencia cultural esta publicación abogaba, ya entrada en los años de la transición democrática, por un periodismo independiente y una renovada mirada cultural sobre la política en la que el límite entre el periodismo y la crónica literaria resultaban difusos. El semanario político *El Periodista*, que salió a la calle en 1984, constituyó uno de los casos paradigmáticos y con mayor repercusión de este nuevo estilo de periodismo claramente abanderado tras la causa democrática y que presentaba una lectura de la política en clave progresista, a la vez que, profesional. Según Horacio Verbitsky, redactor y columnista político de la revista, *El Periodista* “Es la primera publicación después de la dictadura que empieza a ocupar espacios de libertad disponibles aunque no ejercidos. O ejercidos de un modo sensacionalista, como hacían otras revistas. El Periodista lo hizo con un estilo contestatario, crítico, analítico, investigativo, como hasta entonces no se hacía. Por eso deber ser considerada importante. Tiempo después Página/12 demostró que eso era posible y hasta exitoso” (citado en Ulanovsky, 1997:324)

Tanto en *El Porteño* como en *El Periodista*, las denuncias de los procedimientos y las consecuencias de la dictadura militar ocuparon un lugar central. Asimismo, la labor de los periodistas, en general, no se limitaba al relato de la información, sino que involucraba análisis y opinión. En este sentido, estos proyectos daban cuenta de una incipiente transformación en los criterios que definían la labor del periodista político. Desde la prédica de la independencia, éstos comenzaban a orientar su actividad, con un estilo crítico y analítico, a la denuncia de las

‘irregularidades’ del poder gubernamental y político en general. Asimismo, la investigación periodística comenzaba a ser considerada, por algunos periodistas, como el mejor modo de abordar estas controvertidas temáticas. En efecto, como afirma Pereyra, fue en aquellos años, que el periodismo de investigación –especialización estrechamente ligada al periodismo político– tomó su primer impulso (2010:164).

Hacia finales de la década del ochenta, dos fenómenos periodísticos marcarían el derrotero de estos cambios en la actividad periodística: por un lado, la aparición en mayo de 1987 de *Página/12*, un diario innovador que trastocaría el género profesional del periodismo gráfico y, por otro, la proliferación y el rotundo éxito de ventas de los libros de investigación periodística. El proyecto de *Página/12* se asentaba en ofrecer un diario de contrainformación que sólo se ocupaba a fondo de las principales noticias de actualidad y que trataba temáticas no abordadas por los otros medios de prensa nacional. En términos de forma, esta publicación transgredía el límite del género periodístico tanto en sus tapas como en sus páginas: una titulación audaz; una mirada irónica, crítica y con toques de humor sobre la actualidad; la irreverencia frente a los factores de poder y el uso de recursos literarios; fueron algunas de sus principales marcas. No obstante, su innovación no se acotaría al estilo y estética del discurso periodístico sino que instalaría y consolidaría nuevos criterios de legalidad del periodismo político que incipientemente se venían desarrollando. Al igual que las revistas mencionadas, este diario se colocaba como punta de lanza del ideario democrático en la transición: “La apuesta que perseguíamos era repetir la experiencia de *El País* en Madrid. Lograr un diario que apostara al pluralismo de la transición democrática” (Lanata, 1987:8). Si bien la editorialización era un componente básico de su apuesta, ese pluralismo se traducía al interior del diario, en el clima de debate y polémica de sus páginas, que admitía diferencias de opinión entre el director y sus redactores o columnistas (Ulanovsky, 1997:334). Además del trabajo de análisis y opinión, del que los periodistas se responsabilizaban con la firma de sus notas, la investigación y la denuncia se constituyeron en los estandartes de la práctica periodística en este medio. Las denuncias de casos de corrupción, cuyo primer caso paradigmático, por su nivel de repercusión, fue la investigación de Horacio Verbitsky sobre el “Swiftgate”, apoyaban esta tendencia. En relación a este espacio, que tuvo un fuerte impacto en otros medios, se formó y consolidó una nueva generación de periodistas que asumiría estos criterios emergentes como los propios de su profesión (Pereyra, 2010:168).

El otro acontecimiento que marcó a esta especialización periodística fue el suceso que tuvieron los libros de investigación periodística. Si bien el género no era nuevo, fue a partir de la década de los años ochenta que éste empezó a ocupar un lugar importante en las políticas de las principales casas editoriales y a convertirse en un fenómeno de ventas (Ulanovsky, 1997:283). Durante los primeros años de la transición las investigaciones se concentraron en temas relacionados con la dictadura y con los sucesos de Malvinas (Pereyra, 2010), más adelante la corrupción estatal y la denuncia de negociados entre actores económicos y gobierno constituyeron el núcleo problemático del que se ocuparon estos trabajos. Ya entrados los años noventa, con la consagración del género y de los periodistas-autores, las temáticas y los estilos se diversificarían. No obstante, el rasgo común de este novedoso “medio de comunicación” (Ulanovsky, 1997:288) fue la denuncia, mediante la investigación periodística, de las tramas ocultas de distintos hechos, instituciones o personajes. El éxito de ventas de *Robo para la Corona* de Horacio Verbitsky y de *Los dueños de la Argentina* de Luis Majul, publicados en 1992, mostrarían no sólo la aceptación

del público a este tipo de intervención pública periodística, sino la emergencia de nuevas formas de consagración y jerarquización hacia el interior y exterior del campo del periodismo. Algunos de estos periodistas se consolidarían, a través de la repercusión que tuvieron sus libros, como figuras sociales y como actores políticos capaces de intervenir en los debates públicos. En efecto, como afirma Pereyra, “La consolidación del periodismo de investigación en los noventa está fuertemente ligada a la consagración profesional de ciertos periodistas provenientes de esta especialización y por el lugar central ocupado por este género de trabajo en el mundo periodístico” (2010:163-164)

Con todo, el periodismo de investigación no se acotaría únicamente a la publicación de libros sino que atravesaría al periodismo político en su conjunto. Si en sus comienzos este tipo de actividad se circunscribía a un trabajo de investigación sistemática fuertemente sustentada en pruebas, con el correr del tiempo, en línea con las transformaciones sufridas por la profesión, el campo de esta actividad se ampliaría hasta llegar a comprender la producción de denuncias de corrupción y el desenlace de escándalos (Pereyra, 2010:172), así como “cualquier actividad periodística que vaya más allá de la reproducción de mensajes de terceros y esté acompañada de un análisis crítico de documentos” (Muraro, 1997:18). Principalmente, la legitimidad de esta actividad se anclaba en un distanciamiento profundo de los periodistas frente a los políticos. Al respecto, Muraro sostiene que “El rasgo predominante del periodismo de investigación es una actitud crítica ante los políticos” (1997:15). Los periodistas, se fueron posicionando, a partir de este distanciamiento, como actores autónomos de los partidos políticos y el Estado, y como representantes del público (Vommaro, 2008b).

Como en el caso de las empresas de medios, esta construcción de una voz autónoma que intervenía en la escena pública y en el campo de la comunicación política, por parte de los periodistas políticos, se vio favorecida por las transformaciones operadas en la estructura mediática. La preeminencia de la lógica comercial resultaba congruente con el desarrollo de esta labor periodística de fuerte impacto y que atraía a gran parte de la audiencia. Según el periodista Luis Majul, “estos cambios se producen a partir de las privatizaciones de canales y radios, a lo que debe sumársele una serie de cambios tecnológicos profundos (...) Pero lo más importante es que las empresas descubren lo que yo llamo *el negocio de la verdad*. Ahí empieza a crecer la influencia de los periodistas y se multiplica la competencia para ver quién denuncia más, mejor y primero” (citado en Ulanovsky, 1997:356, subrayado mío). En este mismo sentido, Pereyra afirma que “la expansión de la inversión privada en los medios de comunicación creó un espacio para el desarrollo de un periodismo que no estaba ya ligado en términos económicos y políticos a los gobiernos y que se ajustaba de más en más a la lógica comercial” (2010:117, traducción propia)

Por otra parte, la conformación de multimedios y la preeminencia que van tomando frente a la prensa gráfica los medios audiovisuales, a lo largo de la década del noventa, propiciaron un proceso no sólo de multiplicación de los espacios mediáticos abocados a temas políticos sino la segmentación de los mismos. En el marco de la prensa esto generó la aparición de nuevas revistas políticas, el aggiornamiento de algunas ya existentes y el cierre de aquellas que no lograban adaptarse a la nueva cultura mediática. Entre los primeros casos se encontraban *Página/30*, dirigida por Jorge Lanata, y *Noticias de la Semana* (conocida como *Noticias*), dirigida por Jorge Fontevecchia. La revista mensual *Página/30* profundizaba las líneas generales del periodismo de

investigación gestado en *Página/12*, pero en este caso enfocado específicamente a temas de actualidad política. Las irregularidades en las privatizaciones ejecutadas por el gobierno de Menem y las falencias del sistema judicial marcarían el ritmo de la proliferación de denuncias por parte de los periodistas de esta publicación. Por otro lado, *Noticias* constituyó una de las principales innovaciones en el estilo y la estética con que el periodismo abordaría la actualidad. En el marco del apogeo de la cultura audiovisual, este semanario, de cien páginas a color y con una preponderante producción fotográfica, se colocaría “a mitad de camino entre el semanario de información política y el colorido magazine de información general”, combinando en sus páginas “investigaciones, retratos de figuras de actualidad, denuncias, descripción de costumbres y tendencias de consumo” (Ulanovsky, 1997:340). La mirada periodística sobre la política, se desplazaba así de los vaivenes de la política partidaria para ahondar en los “turbulentos negociados” del gobierno o bien en los estilos de vida de personajes políticos, a los que colocaban a la par de celebridades mediáticas.

Durante estos años, la ya existente revista *Somos* intentó acomodarse al nuevo mercado y transformó su contenido así como su posicionamiento político, encolumnándose detrás de la defensa del pluralismo político democrático. No obstante su propuesta, no logró competir con la revista *Noticias* y cerró sus puertas en diciembre de 1993. Si bien este desplazamiento general de la revistas de actualidad hacia los temas “de sociedad” mostraba el auge de una mirada trivializada de la política, que tuvo en el medio televisivo su principal desarrollo, el periodismo político siguió apuntalando su legitimidad mediante una política de denuncia que proponía una lectura en clave moral de la política (Vommaro, 2008b). Este tipo de lectura se sedimentaría a lo largo de la década a partir de la producción de escándalos políticos que instalaron al tema de la corrupción como un problema público y que jugaron un importante papel en el creciente desprestigio que sufrían los actores y la actividad política misma (Pereyra, 2010). Hacia finales de la década, apareció una nueva revista claramente inscripta en esa clave de lectura. El semanario político *Veintiuno*, fundado en 1998 por el ya consagrado periodista Jorge Lanata, se proponía como un ejercicio de periodismo independiente que, con un formato renovado y a través de reportajes, investigaciones y notas de opinión, interpelaba de manera crítica al mundo de la política y a sus principales referentes. El suceso y las repercusiones que generó su aparición la constituyeron en uno de los hitos de los proyectos editoriales de la época. En ese espacio participaron muchos de los integrantes de esa nueva generación de periodistas formada en los años ochenta para quienes la “objetividad” y la “independencia”, así como una actitud crítica frente a los políticos, constituían ya valores centrales de la profesión.

No obstante, el desarrollo de la prensa política en estos años, que según Ulanovsky se convirtió en una especie de “partido político de oposición” para el gobierno de Menem (1997:379), el escenario del periodismo político se desplazó paulatinamente del papel a la pantalla. Durante los años noventa algunos programas políticos ocuparon importantes espacios en los canales de la televisión abierta y se multiplicaron, principalmente, en los canales de cable de noticias, que por su incipiente desarrollo ofrecían nuevas oportunidades laborales a los periodistas y la posibilidad de llegada de éstos a un público masivo pero a la vez interesado en la actualidad. Si la publicación de libros operaba como un modo de jerarquización periodística, con el desarrollo de este género televisivo, conducir un programa político, especialmente en la televisión abierta pero también en canales de cable con un buen índice de audiencia, como *Todo Noticias*,

constituyó una de las formas en que ciertos periodísticos políticos se consagraron como referentes de su profesión ante sus pares y ante el público. En el caso de aquellos que no sólo conducían, sino que producían sus programas, esta diferenciación con el resto de sus colegas fue aún más notoria. Si la labor periodística supone necesariamente una forma de intervención en el espacio público por parte estos actores, el denominado proceso de “mediatización de la política” que paulatinamente convirtió a estos espacios audiovisuales en arenas de la contienda política (Landi, 1991 y 1992b; Quevedo, 1999), colocaba a estos periodistas no sólo como actores partícipes del juego político sino como organizadores de los debates públicos.

El programa político *Tiempo Nuevo*, producido y conducido por los renombrados periodistas, Bernardo Neustadt y Mariano Grondona, fue uno de los antecedentes de este género. Aunque había comenzado a transmitirse en 1977, no fue hasta los años ochenta que éste se convirtió en un fenómeno del periodismo político televisivo, tanto por sus altos niveles de audiencia como por ser pionero en su género (Waisbord, 1995:138-139). No obstante su éxito, durante los primeros años de la transición democrática este programa fue objeto de numerosas críticas por parte de algunos periodistas políticos. Principalmente, se acusaba a sus conductores de falta de objetividad y de mantener posturas políticas contrarias al proyecto democrático. Según sus críticos el sesgo y la parcialidad eran las notas distintivas de sus reportajes y de sus editoriales televisivas. Una nota publicada en *El Periodista* planteaba al respecto: “Un buen programa de periodismo político por televisión, sin la evidente manipulación ideológica en la que Bernardo Neustadt y Mariano Grondona se apoyan todos los martes, de 22 a 23, por canal 13, en su ciclo *Tiempo Nuevo*, es todavía una deuda de los medios de comunicación masivos en al era democrática” (Muleiro, 1985:49).

Hacia finales de la década, el cambio de posición de Mariano Grondona, que lo llevó en 1989 a distanciarse de su viejo socio y a producir un nuevo programa político, *Hora Clave*, parecía atender a estos cuestionamientos y a los cambios que se venían produciendo en la profesión. Como afirma Vommaro, “En la década del noventa, a partir de un trabajo de autocrítica y distanciamiento tanto respecto de su propia trayectoria como de los puntos de vista más claramente partidistas, Grondona construyó una posición con pretensión de objetividad y mirada crítica, algo que para las generaciones más jóvenes (...) comenzó a ser casi dado por sentado, en tanto valor profesional ligado a la conquista de una posición prestigiosa en el campo: la de ‘periodista independiente’” (2008b:46). La opinión de Luis Majul al respecto resulta ejemplar, según escribía este periodista en uno de sus libros: la de Mariano Grondona “...fue una transformación radical impulsada por un constante ejercicio de la honestidad”. “El periodista, de un día para otro, se convirtió en un vigoroso defensor de la ética profesional y en un luchador contra la corrupción en la política y también en la prensa.” (Majul, 1995:165 y 171).

En resumen, los nuevos vectores que dirigirían la práctica profesional de los periodistas políticos se desarrollaron de forma incipiente en la prensa gráfica en la década del ochenta. En estos años, el periodismo político, principalmente concentrado en las problemáticas de la consolidación democrática, desplazaría paulatinamente su atención de cuestiones referidas a la dinámica de los partidos y de otras instituciones políticas para concentrarse en el problema de la corrupción del sistema político. En ese marco, la política periodística de la denuncia y el periodismo de investigación cobrarían su primer impulso. En parte por los cambios operados en la estructura de los medios de comunicación, en la década del noventa, el periodismo político

pasaría a ocupar cada vez más espacios en el medio televisivo y a constituirse en uno de los puntos de pasaje obligados para aquellos actores que quisieran darle a su voz un carácter público. Asimismo, a lo largo de esos años se consolidarían nuevas formas de tratamiento del mundo político, por un lado, una lectura “trivializada” atenta a los asuntos privados de las figuras políticas y, por otro, una lectura en clave moral que posicionaba a los periodistas como contralor del poder gubernamental. Fue, entonces, en este contexto que los valores de la “objetividad” y la “independencia” pasaron a ser estandartes de la práctica periodística y que ciertos periodistas se constituyeron como figuras sociales y actores políticos que gozaban de una gran poder de intervención en los principales debates públicos de la época. Las formas y estrategias de consagración desplegadas por estos actores estarían, así, enmarcadas en estos grandes procesos que trastocaron a su campo profesional.

Trayectos comunes y divergentes de los periodistas políticos

Pese a los trazos comunes que marcaron el derrotero del periodismo político en el período considerado, reseñados en el apartado anterior, no sería acertado considerar a este desarrollo como un proceso lineal y unívoco. En efecto, las complejidades internas del campo profesional periodístico dieron lugar a la coexistencia de lógicas de trabajo y orientaciones divergentes. En especial, los recorridos profesionales de aquellos periodistas que se consagraron como figuras notables de este espacio presentan tanto senderos comunes como bifurcaciones. Para ahondar en este punto, en este apartado, intentaremos reconstruir, de modo exploratorio, las trayectorias de dos de los periodistas políticos que formaron parte de esa generación que ingresó al campo profesional en los años ochenta y que adquirió mayor notoriedad en los años noventa. Para ello atenderemos especialmente al carácter de los medios en los que participaron, a las estrategias que desplegaron para convertirse en periodistas de renombre y los hitos que marcaron sus trayectorias, así como a su visión sobre la profesión y sobre la política.

La “página 12” de Jorge Lanata: un recorrido signado por proyectos editoriales

A principios de los años ochenta, después de haber pasado por algunos medios de prensa, Jorge Lanata, que rondaba los veinte años, comenzó su carrera profesional como integrante del equipo del programa *Sin Anestesia*, conducido por Eduardo Aliverti en Radio Belgrano, y como colaborador, primero, del semanario *El Periodista* y, luego, de la revista mensual *El Porteño*. La apuesta democrática era el signo de los tres medios en los que Lanata dio sus primeros pasos. En Radio Belgrano, a la que él mismo definía como un proyecto de “radio independiente” en el marco de la transición (Lanata, 1984a:42), Lanata se ocupaba de los móviles y de los informes de investigación del programa. Tanto en *El Periodista* como en *El Porteño*, sus notas trataban, siguiendo la línea de estas publicaciones, sobre los obstáculos que las herencias de la dictadura imponían al nuevo orden. Esta preocupación aparecía así formulada en una de sus primeros artículos: “¿Cómo luchar contra los grupos reaccionarios y su irrefrenable tendencia a reprimir la democracia y el progreso? Gran dilema de esta hora argentina, que El PERIODISTA trata de resolver semana a semana haciendo honestamente su trabajo.”(Lanata, 1984b:4).

Sin embargo, fue en las páginas de *El Porteño* donde se iría delineando el perfil que este periodista mantendría como marca años después. Lanata se ocupaba principalmente de la sección de investigación, en ella ya no sólo informaba sobre los resabios autoritarios sino que indagaba sobre los negociados y la corrupción de una estructura burocrática y judicial que, según su opinión, no había sido correctamente depurada por el gobierno radical. La denuncia, vía la publicación de los nombres de los involucrados en los diferentes casos, signaba la retórica de sus artículos. Asimismo, en sus notas de opinión, el ejercicio efectivo de la libertad de expresión por parte de los periodistas aparecía como una de sus preocupaciones centrales. A fines de 1985, el director de la revista, Gabriel Levinas, informaba sobre los serios problemas económicos que tenía esta publicación. Para sostener la revista se formó la *Cooperativa de Periodistas Independientes*. Así emergía el primer proyecto editorial conducido por Jorge Lanata, quien se convirtió en jefe de redacción de la revista en esta nueva etapa. En la presentación publicada en noviembre de ese mismo año, asomaban los criterios periodísticos que se irían paulatinamente convirtiendo en vectores de la práctica profesional: “Es por cierto, una suerte de desafío adolescente crear, en un medio periodístico desolador, un proyecto cooperativo. Además, *es jugarse al todo por la independencia*, en un ámbito donde los intereses en juego son considerablemente más importantes que el libre ejercicio del periodismo.” “Esperamos mantener esta revista *sin ubicación sectorial pero como espacio progresista e independiente (...)* Y que *El Porteño*, la *Cooperativa de Periodistas Independientes*, sea un lugar donde la verdad no tenga dueños.” (Cooperativa de Periodistas Independientes, 1985:3, subrayado mío)

La revista se asentaba, así, bajo la dirección de Lanata, como un emprendimiento novedoso e inexistente en el medio local que apostaba por una independencia entendida principalmente en términos económicos. En el segundo proyecto editorial de este periodista, el diario *Página/12*, fundado en mayo de 1987, esta revalorización de la independencia era profundizada y entendida principalmente en términos políticos. El empresario que financiaba el emprendimiento manifestaba en la nota de presentación que “El diario *no tendrá una tendencia político-partidaria* –agregó Sokolowsky- sino que tratará de expresar el pluralismo y el debate, necesarios en una sociedad de transición”. Al respecto, Jorge Lanata agregaba “La idea central sobre la que funciona el proyecto –explicó su director- es una obviedad; queremos hacer un diario que informe. Y que lo haga con *independencia y sin responder a ningún aparato, ni político, ni empresario*” (*Página/12*:1987:7, subrayado mío). Este ambicioso y exitoso proyecto que innovaba en la prensa gráfica con un diario basado principalmente en la investigación y en el análisis periodístico, marcaba un punto de inflexión en la carrera Lanata que estaría a cargo de su dirección durante siete años.

Seis meses después de la salida de *Página/12*, Lanata publicaba su primer libro, *El nuevo periodismo*, que recopilaba los mejores artículos de prestigiosos periodistas del diario. En el prólogo este periodista relataba en primera persona el origen del proyecto, dando por sentado que éste se había convertido en un suceso en el campo del periodismo gráfico. El entrecruzamiento entre el relato periodístico y la crónica literaria distinguían a la mayoría de los artículos seleccionados. Con ese mismo estilo, Lanata, publicaría, en 1988, *La guerra de las piedras*, una crónica periodística sobre el enfrentamiento árabe-israelí en la Franja de Gaza y, en 1991, *Polaroids*, un libro de cuentos, enmarcado en el género de la ficción pero que explícitamente refería a temas tratados por el periodismo. Así lo expresaba el autor en sus primeras páginas:

“Todas las historias de este libro, excepto una, sucedieron (...) ‘Polaroids’, que da título a este libro, pertenece al incierto género de la ficción. Resultó sin embargo, el más real de todos. La vida de un viajante de comercio que descubre agujeros negros en su memoria no es más que la metáfora individual de una enfermedad colectiva. Este país escribe todo el tiempo su historia sobre la arena” (Lanata, 1991:11-12).

A partir de su labor de dirección periodística en *Página/12*, Lanata impulsaría un nuevo proyecto editorial, que enmarcado en los lineamientos del diario incursionaba en el mercado de las revistas políticas. En efecto, la revista *Página/30. La revista mensual de Página/12*, también dirigida por él, era concebida, como su nombre lo indica, como un espacio en el que se profundizaría el análisis y la investigación sobre la actualidad política esbozados en el diario. En los primeros números, a través de la publicación de las editoriales, Lanata se encargaba de presentar las problemáticas centrales que serían objeto de atención de esta publicación. La corrupción, la inoperancia del sistema judicial, así como la incapacidad de la sociedad de procesar lo acontecido durante el régimen militar –cuestión que se reabría con el indulto-, eran, entre otras, las cuestiones que esta publicación intentaba colocar en la agenda pública. De manera particular y con insistencia, en sus páginas, también se señalaban las transformaciones generales que estaba sufriendo la política, en especial aquellas relacionadas con el desprestigio de los partidos políticos y con la aparición de nuevas formas de acción política ligadas a la conformación de organizaciones civiles.

Esta prolífica labor en la prensa gráfica, y sobre todo el éxito y repercusión que tuvo su principal emprendimiento, *Página/12*, le abrieron las puertas a Lanata para incursionar en la radio y la televisión, espacios mediáticos que durante la década del noventa se volverían cada vez más predominantes. Entre 1990 y 1993, condujo el programa *Hora 25*, en la radio Rock & Pop, y entre 1994 y 1996, el programa *RompeCabezas*, en la misma emisora, por el cual recibió en 1996 el premio Martín Fierro al mejor programa periodístico de radio. En ese mismo año, entraba a la pantalla chica con el programa *Viaje al fin de la noche*, en el cual el periodista con una cámara recorría la ciudad de noche. Su consagración en este medio, no obstante, se produciría al año siguiente con la irrupción de su primer programa político, *Día D*, en el canal de aire América TV. En las emisiones de este programa se conjugaban la presentación de investigaciones y denuncias, en general sobre casos de corrupción, con entrevistas a figuras políticas y monólogos editoriales. El protagonismo de su conductor así como su estilo directo, contestatario e incisivo, anclado en una estética de la “transgresión”, constituían la marca de este programa que se proponía, a través de una lectura en clave moral de la política, como contralor del poder político gubernamental. Asimismo, los altos índices de audiencia posicionaban al programa a la par del ciclo *Hora Clave*, uno de los más exitosos de la década, y a Lanata como un adversario digno del renombrado periodista político Mariano Grondona. Refiriéndose a éste, Lanata decía: “Como conductor de un programa político, compito con su programa político; frente a las planillas de rating, nuestra producción festeja cuando *Día D* es el primer programa del país, lo que significa que *Hora Clave* es el segundo...” “Si algo le faltaba a mi relación con Grondona, ahora lo adquirió: la incómoda tensión de la competencia” (Lanata, 1997:207).

El año 1997 marcaría un punto álgido en la carrera consagratoria de este periodista. Al igual que el año anterior, Lanata recibía el premio Martín Fierro a la mejor labor periodística y al mejor programa periodístico en televisión. Asimismo, la Fundación Kanés le otorgó el diploma al

mérito por su labor de dirección periodística durante la década de 1987 a 1997 y TEA lo premió como uno de los diez mejores periodistas de la década del noventa. La estrategia multimediática emprendida por este actor, a partir del inicio de los años noventa, daba, así, sus frutos en términos de reconocimiento de sus pares y del público. Unos años más tarde, Lanata entrevistado por Luis Majul reflexionaba al respecto: “Me atacó uno de los síndromes de los tipos que trabajamos en esto: vivir en la ficción de que tenés que estar todo el tiempo para existir. Creía que no era capaz de dejar la mínima huella en la gente sino estaba todo el tiempo al aire” (Majul, 1999:22).

Como cierre de este espiral consagradorio Lanata, después de haber publicado, en 1995, *Cortinas de Humo* junto al periodista norteamericano Joe Goldman –un libro de investigación periodística sobre el atentado a la comunidad judía en Argentina–, publicaría, en 1997, *Vuelta de página*. En este libro el periodista reconstruía su trayectoria profesional a partir de la recopilación de sus mejores artículos publicados en *El Porteño*, *Página/12* y *Noticias*, y de algunas de sus notas editoriales del programa radial *RompeCabezas* y del programa televisivo *Día D*. La estrategia de autopresentación y reivindicación de su trayectoria se enfatizaba en el prólogo. A través de un ejercicio autobiográfico, Lanata construía, remontándose a su niñez, un relato “mítico” de su historia personal y profesional en el que la vocación periodística aparecía como una fuerza innata que se desarrollaba junto con él. En relación a una de sus primeras experiencias laborales, a sus 14 años, en el informativo de Radio Nacional, decía “...dejé el colegio para terminar a la noche años después, y cuando pude verme descubrí que no podía ser otra cosa en la vida” (Lanata, 1997:14). La *vuelta* a su temprana inserción en el mundo del periodismo como una forma de intervenir en el mundo, y ser parte de él, así como hacia su *página* preferida –*Página/12*–, conformarían desde entonces el acervo en el que se asentaría su estrategia autoreivindicativa. También el carácter profesional y objetivo de su labor formarían parte de su repertorio: “Nadie puede acusarme de amateur. Soy profesional. E hice los deberes como corresponde. Trabajé en la radio y empecé de movilero. Escribí informativos en varios radios. Fui co-conductor de varios programas. Co-conduje programas y después conduje programas. Trabajé en revistas como cronista. No fui nunca secretario de redacción pero fui jefe de sección. También estuve a cargo de otra revista. Y como si fuera poco dirigí un diario. ¿A vos te parece que esa es la carrera de un amateur?”, le contestaba en una entrevista a Luis Majul. Asimismo, cuando éste lo indagaba sobre su posicionamiento “antimenemista”, Lanata le respondía: “Somos mucho más objetivos que la mayoría de la prensa (...) Nunca hablamos de nada que no podamos probar...” (Majul, 1999:22, subrayado mío).

En julio de 1998, Lanata hacía realidad otro de sus proyectos editoriales con la salida de la revista *Veintiuno. La revista del siglo que viene*. Después de que su programa *Día D* había sido levantado, según su opinión, por la autocensura del dueño del canal, Eduardo Eurnekián, que mantenía estrechas relaciones con el presidente Menem, Lanata volvía a la prensa gráfica con un proyecto de revista de actualidad política aggiornada a los tiempos del auge audiovisual y que aparecía teñida de su nombre y su impronta. En efecto, la revista era conocida en el medio como “La revista de Jorge Lanata”, leyenda que también aparecía en alguno de los logotipos de la publicación. Como su director, Lanata se ocupaba, especialmente en los primeros números, de las editoriales y de las notas principales. Con una nota editorial titulada “Otra vez en casa” el periodista presentaba el nuevo emprendimiento como una continuidad con el proyecto de *Página/12*, pero a la vez marcaba una posición más distanciada de los preceptos políticos y más

anclada en la legitimidad propia del periodismo independiente. Así, lo expresaba Lanata: “El proyecto de XXI, que nació bajo el signo del azar posterior al despido televisivo, adquirió entidad y vida propia durante estos siete meses (...) Volví a vivir, entonces, aquella urgente sensación de nacimiento, de alegría y de miedo que vivimos en *Página/12* en mayo de 1987 (...) Pero algo aprendimos en estos once años: creemos, con mayor convicción, en menos cosas. En esta revista se sostiene que *el periodismo es un fin y no un medio. Somos periodistas para ser periodistas* y no como el camino más corto para transar licitaciones o conseguir sitio en una lista de candidatos” (Lanata, 1998:5, subrayado mío).

Con el suceso de la revista y la vuelta a la televisión, en 1999, con, el ya consagrado programa político, *Día D*, Lanata se posicionaba, a fines de la década, como uno de los periodistas políticos con mayor visibilidad mediática. A comienzos de la década del 2000, Lanata incursionaría en un nuevo género periodístico a través de la publicación de sus libros *Argentinos I* y *II*, en 2002 y 2003 respectivamente, y *ADN, mapa genético de los defectos argentinos*, en 2004. En el marco de la profunda crisis de representación política que atravesaba el país, estos libros abordaban una de las problemáticas caras a la tradición del ensayismo político argentino del siglo XX (Saítta, 2004): la cuestión de la identidad nacional. En el prólogo de *ADN*, esta pretensión aparecía de manera explícita: “Existe en los países una ‘personalidad básica’ que funciona como base reproducible por los miembros del grupo, una especie de personalidad matriz, que el hombre intenta descifrar desde tiempos de Herodoto o Tácito y que ha sido bautizada de las formas más diversas: *carácter nacional, ser nacional, carácter social*. Este libro intenta desarrollar ese mapa de puntos comunes, reales o imaginarios, que conforman *lo que somos y lo que quisimos ser*” (Lanata, 2004:12, subrayado mío). Con todo, el éxito de ventas que tuvieron principalmente los dos primeros libros de investigación histórica, los cuales fueron adaptados y reeditados en una única versión para ser utilizada en la enseñanza media, reforzaba así la apuesta de intervención pública de este periodista en un marco de profunda crisis de la política.

En resumen, Jorge Lanata dio sus primeros pasos en la prensa gráfica progresista y democrática de los años ochenta. Rápidamente, se orientó como analista político y periodista de investigación. Pero su papel no se limitó a esta labor, sino que involucró también la de redactor y director periodístico de los medios fundados por él. En efecto, su apuesta por el desarrollo de ambiciosos emprendimientos editoriales, entre los que se destacó principalmente el diario *Página/12*, que trastocaron al género del periodismo político y en los cuales confluyeron importantes periodistas y se formaron otros, permiten concebirlo no sólo como un periodista destacado en su campo profesional sino también como un organizador cultural. Por otra parte, si bien, durante los años noventa, su práctica profesional se asentó en una estrategia multimediática, a partir de la cual incursionó en el medio radial y televisivo, también ésta estaría marcada por la transgresión y la innovación en estos géneros periodísticos. Su papel en el medio televisivo tampoco se limitó a la conducción de programas políticos, sino que involucró la producción de los mismos. Por último, la diversidad de las problemáticas tratadas en sus libros, así como las diferencias en sus estilos, que van desde la crónica y la investigación periodística, la literatura de ficción, la investigación histórica, hasta el ensayo, darían cuenta de la pretensión de Lanata de constituir un perfil periodístico cercano al de la figura del intelectual.

Los “dueños” de Luis Majul: un recorrido signado por la publicación de best-sellers

Después de haber dado sus primeros pasos en la agencia de noticias *Diarios y Noticias*, Luis Majul iniciaba su carrera laboral en la prensa gráfica “vanguardista” de la transición democrática. Su actuación en estos medios involucró colaboraciones esporádicas en las revistas *Humor y El Porteño*, pero principalmente se desarrolló en el semanario *El Periodista*. En 1984, convocado para formar parte del equipo de investigación de esta revista, Majul, con 23 años de edad, ingresaba a este medio como colaborador e integrante del equipo de redacción junto a Horacio Verbitsky. Su labor se concentraría en la sección de política nacional. En línea con el semanario, el principal tema tratado en sus notas eran las problemáticas que enfrentaba la consolidación democrática en aquellos años. Diferentes acciones de militares y de sectores reaccionarios mostraban, según su opinión, que la violencia política no había sido todavía erradicada. Asimismo, sus artículos cubrían el derrotero de las internas de los partidos políticos así como del sindicalismo. En sus páginas, este periodista insinuaba una mirada crítica sobre las prácticas tradicionales de los “viejos políticos”, pero al mismo tiempo reivindicaba la acción política de ciertos sectores partidarios que proponían la renovación de sus organizaciones, entre los que se encontraban el peronismo renovador, la multipartidaria juvenil MOJUPO, sectores del partido radical y del sindicalismo no-peronista. Con esa clave, Majul entrevistaba a dirigentes políticos y sindicales y se ocupaba de informar sobre los vaivenes de la relación entre el gobierno y la CGT.

No obstante, hacia finales de la década del ochenta y principios de los años noventa, su lectura sobre el acontecer político iría paulatinamente cambiando de rumbo. Entre 1990 y 1993, Majul integró el staff de la revista *Somos*, en la etapa en la que esta publicación buscaba virar hacia el pluralismo democrático y aggiornarse a los nuevos lineamientos del periodismo gráfico. En efecto, la política periodística de la denuncia de la corrupción se instalaba, en sus páginas, como el vector de la producción de noticias políticas. Asumiendo este estilo periodístico, Majul emprendió, a comienzo de los años noventa, dos proyectos editoriales de investigación periodística que marcarían un punto de inflexión en su carrera. En 1990, el primero de ellos se concretó con la publicación de su primer libro, *Por qué cayó Alfonsín, el nuevo terrorismo económico*, por la Editorial Sudamericana. Este fue uno de los primeros libros periodísticos que se convirtió en un suceso de ventas. Sin embargo, mayor fue el impacto y repercusión que tuvo su segundo libro, *Los dueños de la Argentina, la cara oculta de los negocios*, publicado en 1992, que según la misma casa editorial tuvo treinta reediciones. Unos años después, en otro de los libros de Majul, el periodista Daniel Capalbo, reseñando la vida personal y laboral del autor, decía al respecto: “El verdadero ‘clic’ en la vida Majul –motor de su propia mutación profesional y patrimonial– llegó de la mano de *Por qué cayó Alfonsín*, su primer best-seller (...) Tenía 28 años recién cumplidos (...) golpeaba las puertas de las redacciones en busca de un trabajo seguro y redituable (...) Por entonces usaba barba y era considerado un ‘psicobolche’ (...) se sumó al staff de la revista *Somos*, cuando el desaparecido semanario viraba hacia un aggiornamiento pluralista. Más seguro y solvente ya, se casó (...) Su barba desapareció (...) Fue cuando, en 1992, perpetró el best-seller *Los dueños de la Argentina I*, que ya vendió casi 200 mil ejemplares...” (Majul, 1995: solapa).

A *Los dueños de la Argentina I*, le siguió dos años después *Los dueños de la Argentina II, los secretos del verdadero poder*. A ambos libros, Majul los presentaba como trabajos de

investigación periodística que venían a desentrañar y dar a conocer los principales negociados entre los principales grupos económicos y el poder político. Así era introducido el primer volumen: “Este libro, *Los dueños de la Argentina*, es la exhibición impúdica del concubinato entre estos cinco grupos económicos y el poder político. Es la entrada en puntas de pie a la intimidad de *Amalita*, los expedientes de *Bulgheroni*, los escándalos de *Macri*, los secretos del ingeniero *Rocca* y el destino trágico de *Jorge Born*. Es la trama cruda y conmocionante de los instrumentos *legítimos e ilegítimos*, de los mecanismos *transparentes y corruptos*, que usaron estos seres humanos para amasar sus fortunas y levantar sus imperios” (Majul, 1992:9). No obstante, las fuentes reclutadas y el uso que este periodista hacía de las mismas fueron aspectos criticados por varios de sus colegas, que fundaban, a su vez, sus sospechas de falta de objetividad en el hecho de que los protagonistas del libro le brindaran sin objeciones entrevistas al autor. Así, esta estrategia editorial parecía conducirse más por una lógica comercial, lo que el mismo Majul llamaba como “el negocio de la verdad” (Ulanovsky, 1997:356) y por la búsqueda de reconocimiento del público que el de sus pares.

Por otra parte, estos libros contenían implícita y explícitamente una clave de lectura moral de los sucesos tratados que ubicaba a la corrupción como un problema esencialmente propio del sistema político y no así de los actores económicos, tendencia que se había profundizado con el arribo de Menem a la presidencia. En el segundo volumen, así llegaba el autor a estas conclusiones: “*Los Dueños de la Argentina II* constituye, finalmente, una prueba más de las promiscuidad entre el poder permanente y los poderes de turno y la evidencia de que los grandes empresarios argentinos cumplen con su mandato de obtener mayores utilidades, pero que *si se los controla como corresponde van a ser más transparentes y más éticos*” (Majul, 1994:12). Y agregaba hacia el final: “Las evidencias obtenidas sobre el comportamiento de éstos *Dueños de la Argentina II* son idénticas a las aparecidas en la investigación anterior. Este libro prueba que Pérez Companc, Soldatti, Roggio y Pescarmoni (...) no son esencialmente corruptos o perversos: demuestra que son los mayores dadores de trabajo en el país; revela que gastan mucho dinero en ayuda social y que cada vez que operaron dentro de un sistema que invita a la corrupción, no desentonaron ni tampoco lo denunciaron...” (Majul, 1994:382).

A partir del éxito de sus libros, Majul comenzó a ampliar su esfera de acción profesional, incursionando en el medio radial y televisivo. Entre 1994 y 1999, fue columnista político, en Radio Continental, de los programas *Primera Mano* y *Tiempos Modernos*, para luego, en el año 2000, producir y conducir su propio programa, *La Cornisa (radio)*, transmitido por la mañana en la emisora de FM Radio Uno. Su debut en el medio televisivo fue como co-conductor junto a Marcelo Bonelli, en 1993, en el programa periodístico de actualidad política y económica *A Dos Voces*, transmitido por la flamante emisora de cable *Todo Noticias*. En 1997, fue convocado a un nuevo proyecto televisivo en el que conduciría, junto a Marcelo Longobardi, Alfredo Leuco y Román Lejtman, el programa periodístico *Sin Límites*, emitido en el canal de aire América TV. No obstante, tras su segunda emisión, éste programa fue levantado por el canal, según los periodistas, por haber presentado un informe comprometido sobre la casa de Menem en la Rioja. Este episodio, al igual que el repentino cierre del programa *Día D*, de Jorge Lanata, por la misma emisora, tuvo una importante repercusión mediática, frente a lo cual los periodistas reforzaban su papel de contralor del poder político, apareciendo como víctimas de la censura indirecta que el gobierno ejercía sobre algunos medios.

Después de participar como columnista político del noticiero *Telefé Noticias*, en 1998, Majul incursionó, al año siguiente, en la producción televisiva con un nuevo programa de actualidad política, *La Cornisa*, que lo consagraría en este medio. El éxito de esta emisión, que primero se transmitiría por la señal de cable *P&E*, para luego pasar a Canal 7 y más adelante a América TV, se plasmaría en la creación de su propia productora *La Cornisa Producciones*, con la cual inició el programa radial que llevaba el mismo nombre. En su programa televisivo, este periodista apostaba por crear un show periodístico basado en reportajes a dirigentes políticos y personajes del medio que eran invitados al estudio. El tono incisivo de algunas de sus preguntas se apoyaba, no obstante, en acusaciones que supuestamente circulaban por algún lado, “dicen por ahí que...”, o que bien eran sostenidas por la *opinión pública*. Su papel era, entonces, el de rescatar esa voces para interpelar al entrevistado del día. Al mismo tiempo, un estilo complaciente con los invitados le permitía indagar sobre asuntos privados que parecían jugar el papel de indicadores del desempeño público de cada figura. Rompiendo así con lecturas más complejas relacionadas con las adscripciones ideológicas de los actores y con los vaivenes de la vida partidaria, este juego le permitía así oficiar de traductor, ante la audiencia, del intrincado mundo de la política por medio de la construcción de una serie de indicios más cercanos al lenguaje de la vida cotidiana. Por último, en el cierre de sus programas una actitud de desconfianza parecía ser la propuesta de este periodista para afrontar un sistema moralmente corrompido: “*No confíes en nadie, ni siquiera en este programa, el espíritu crítico es lo que te va a salvar*”, decía.

Más allá de su incursión en la televisión y la radio, la estrategia multimediática de Majul, también involucró, a lo largo de la década del noventa, la fórmula que lo había consagrado como un periodista reconocido: la publicación de libros que podían convertirse en best-seller. En línea con el desplazamiento del periodismo de actualidad hacia temáticas relacionadas con los estilos de vida de las figuras públicas, Majul publicaba, en 1995, su libro *Máscaras de la Argentina* por la Editorial Atlántida. Esta publicación, con una gráfica similar a la de semanarios de información general, como *Gente* y *Caras*, se proponía mostrar “la metamorfosis estética, psicológica, patrimonial e ideológica de ricos, famosos y poderosos” (Majul, 1995:6). Así, este periodista alzaba su pluma para indagar sobre la vida privada y pública de ciertos personajes, colocando en una misma “vidriera” a políticos, actores, vedettes, deportistas y periodistas, lo que constituía un claro testimonio del llamado proceso de “farandulización de la política”. Con todo, la mirada trivializada de la política que atravesaba las páginas de este libro, le permitía a Majul proponer interrogantes como los siguientes: “¿Detrás de los repetidos cambios estéticos del presidente Menem se encuentran el deseo de la perpetuidad, la voluntad de transformar todo, como hizo con el país, o la idea de que es un verdadero galán...?” “Entre los pliegues de la blefaroplastia del ex presidente Raúl Alfonsín, ¿se aloja otra metamorfosis que tiene que ver con el Pacto de Olivos y la sospecha de su menemización?”(1995:7-8).

Por otra parte, desde otro costal, Majul construía su legitimidad como periodista colocándose como un defensor acérrimo de la objetividad, la independencia y la ética profesional. En una nota, publicada en la revista *La Maga* en 1996 y titulada “Los periodistas no nos podemos hacer los inocentes porque no lo somos”, este periodista, junto a Alfredo Leuco y Nancy Pazos, reflexionaba críticamente sobre el límite entre la ética periodística y la búsqueda del *rating*. Al respecto, Majul planteaba la necesidad de que una asociación de periodistas independientes y prestigiosos creara un código de ética profesional. Desde su columna “Periodismo” en el *Diario*

Perfil, durante el año 1998, Majul enfatizaría aún más esta posición, tratando los problemas que, según su opinión, afectaban a la práctica profesional. Entre ellos se encontraban la corrupción periodística, principalmente referida al caso de periodistas que realizaban notas a cambio de algún tipo de prebenda, las publicidades encubiertas como noticias que realizaban los multimedios de sus ofertas mediáticas, así como el sesgo con que trataban los casos de corrupción política algunos medios y periodistas simpatizantes de algún partido político. En este sentido, su juicio era contundente: “Cualquiera sabe que un periodista *profesional y objetivo* se debe sacar la camiseta partidaria para informar como se debe” (Majul, mayo de 1998, subrayado mío).

En 1999, Majul continuaría con esta labor crítica hacia el propio campo del periodismo con la publicación del libro *Periodistas. Qué piensan y qué hacen los que deciden en los medios*. Esta publicación, basada en una encuesta realizada a distintos profesionales de la prensa y en algunas entrevistas a periodistas renombrados, no sólo dejaba traslucir la estrategia de autoposicionamiento del autor como guardián ético de la profesión sino que mostraba la clara percepción, que tenían los periodistas, del poder y la legitimidad que habían adquirido los medios, y por ende, también ellos, hacia fines de la década del noventa. Refiriéndose a éstos, Majul decía “Son los *opinadores* que dicen lo que piensan (...) Los que investigan...” “Ellos son el objeto de la investigación de este libro. El universo de los periodistas que deciden las noticias e *influyen en la realidad*. El conjunto de profesionales que expresan, de manera colectiva, *el poder de la información*. Los que ‘mandan’ en los medios, día a día (...) Este libro, *Periodistas*, es, antes que nada, el reflejo preciso de todo *ese inmenso poder*” (Majul, 1999:11, subrayado mío)

A principios de la década siguiente, mientras continuaba con su ciclo televisivo y radial *La Cornisa*, Majul lanzaría un nuevo libro de “investigación periodística con toques de magia” (Majul, 2002:12), según sus propias palabras. *La Iluminada. Vida personal y política de Elisa Carrió*, publicado en 1992 por la Editorial Sudamericana, ingresaba al mercado editorial en un escenario nacional signado por una profunda crisis social y política, que había tenido en diciembre de 2001 su punto más álgido. Frente al desprestigio de los partidos políticos, Majul se proponía destacar en este libro la historia de una nueva figura política que se posicionaba por fuera de ese “corrompido” espacio político y que planteaba, casi en términos mesiánicos, la renovación de las formas de hacer política así como de los criterios morales que guiaban a la sociedad toda. Al respecto, Majul advertía: “Elisa María Avelina *Lilita* Carrió es un fenómeno único. No se parece a nadie. *No hace las cosas como una política tradicional* (...) *Lilita* no es como todos. Ella cree, de veras, que Dios desea utilizarla como un instrumento para cambiar el destino (...) Ella no tiene dudas, lo suyo es un Acto de Servicio (así, como mayúsculas). Una Misión Divina” (Majul, 2002:11, subrayado mío). Así, desde las primeras páginas hasta las últimas, atravesando el anecdotario de los hechos triviales que supuestamente marcaron el destino de esta dirigente que podía ahora convertirse en presidenta de los argentinos, se reforzaba de más en más una lectura en clave moral de la política. Con este tono, el periodista señalaba que “*Lilita* hizo un solemne juramento de alma antes de fundar el ARI: prometió que jamás mentiría y que nunca votaría una ley contra los pobres” (2002:23).

En resumen, este somero recorrido por la trayectoria de Luis Majul nos permite observar que este periodista, al igual que Jorga Lanata, inició su carrera en la prensa gráfica, en los primeros años de la transición democrática, y que también orientó su práctica, aunque más tardíamente, al periodismo de investigación. No obstante, su trayectoria presenta diferencias con

el recorrido profesional de su colega, principalmente, en términos de las estrategias que puso en práctica para convertirse en un notable de la profesión. Los proyectos editoriales de Majul no involucraban a un colectivo detrás de su nombre, sino que se centraban en la publicación de investigaciones periodísticas individuales. Después del rotundo éxito de *Dueños de la Argentina*, Majul repetiría y profundizaría la fórmula de este trabajo: libros que se presentaban desde sus títulos como explícitas denuncias del “poder”, escritos en un lenguaje llano y entretenido, cuyo relato se sustentaba principalmente en el *off de record* y en entrevistas concedidas al autor por los propios protagonistas. Así, la estrategia de estos proyectos parecía estar más bien conducida por una lógica comercial y orientada a la búsqueda del reconocimiento del público. En este sentido, el perfil de Majul se acercaría más a la figura del empresario-periodístico que a la del organizador cultural.

Sin embargo, este periodista que también amplió su esfera de inserción profesional, incursionando en la radio y la televisión durante los años noventa, buscaría el reconocimiento en su campo por otros medios. Su posicionamiento como defensor acérrimo de la ética profesional, así como de los valores de la objetividad y la independencia, a través de sus denuncias y críticas al accionar de ciertos medios y periodistas, parecían orientarse hacia este propósito. Por último, la forma en que trataba los temas relacionados con el mundo político, mostraba la capacidad de este periodista de aggiornarse a su tiempo. En sus intervenciones públicas convivían tanto la lectura en clave moral de la política como la mirada más “trivializada” de la misma. Así, asumiendo como propios los criterios de legalidad periodística hegemónicos en aquellos años y a través de una prolífica labor en los medios audiovisuales, en los que también operaba como productor de sus espacios, Majul se constituía, hacia fines de la década, en, lo que Muraro (1997) llama, un “periodista estrella”.

Algunas consideraciones finales

A lo largo de estas páginas, hemos intentado trazar los principales cambios sufridos por la estructura mediática y el campo del periodismo político durante los años ochenta y noventa en Argentina. Así, sosteniéndonos en los trabajos de otros investigadores sociales y en fuentes propias, hemos identificado la emergencia de nuevos vectores en la práctica periodística. Las preguntas planteadas al inicio, que orientaron parte de esta indagación, han sido de este modo tentativamente respondidas. Por otra parte, en base a los datos obtenidos en el proceso de una investigación en curso, hemos reconstruido de forma preliminar las trayectorias profesionales de los periodistas Jorge Lanata y Luis Majul durante este periodo. A partir del análisis de las mismas, nos propusimos identificar los rasgos comunes y divergentes que signaron a la práctica periodística de estos actores. Las observaciones vertidas no tienen así un carácter conclusivo sino que se presentaron a modo de hipótesis que deberán ser atendidas con mayor profundidad en el desarrollo posterior de la investigación.

Bibliografía

- Baranchuk, M. (2009): "Canales 11 y 13: la primera privatización de la década menemista". En G. Mastrino, *Mucho ruido, pocas leyes: economía y políticas de comunicación en la Argentina 1920-2007* (págs. 215-238). Buenos Aires: La Crujía.
- Becerra, M., & Mastrini, G. (2009): *Los dueños de la palabra: acceso, estructura y concentración de los medios en la América Latina del Siglo XXI*. Buenos Aires: Promoteo.
- Com, S. (2009): "Alfonsinismo, contexto sociopolítico y medios de comunicación". En G. Mastrini, *Mucho ruido, pocas leyes: economía y políticas de la comunicación en Argentina 1920-2007* (págs. 189-214). Buenos Aires: La Crujía.
- Heredia, M. (2002): "Política y liberalismo conservador a través de las editoriales de la prensa tradicional en los '70 y '90". En B. Levy, & et. al., *Crisis y conflicto en el capitalismo latinoamericano: lecturas políticas* (págs. 57-102). Buenos Aires: CLACSO.
- Landi, O. (1992a): *Dévorame otra vez. Qué hizo la televisión con la gente, qué hace la gente con la televisión*. Buenos Aires: Editorial Planeta.
- Landi, O. (1992b): "Proposiciones sobre la videopolítica". En H. Schmucler, & M. C. Mata, *Política y Comunicación ¿Hay un lugar para la política en la cultura mediática?* (págs. 33-48). Buenos Aires: Catálogos Editora.
- Landi, O. (1991): "Videopolítica y Cultura". *Dia-logos* n° 29 .
- Muraro, H. (1997): *Políticos, periodistas y ciudadanos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pereyra, S. (2010): "La corruption dans la presse nationale: le journalisme d'investigation et les scandales de corruption". En S. Pereyra, *Critique de la politique, expertise et transparence. La corruption en tant que probleme public en Argentine (1989-2001)* (pp. 157-231). Paris: Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, These de doctorat.
- Postolsky, G., & Marino, S. (2009): "Relaciones peligrosas: los medios y la dictadura, entre el control, la censura y los negocios". En G. Mastrini, *Mucho ruido, pocas leyes: economía y políticas de comunicación en la Argentina 1920-2007* (págs. 159-188). Buenos Aires: La Crujía.
- Quevedo, L. A. (1992): "La política bajo el formato televisivo". En H. Schmucler, & M. C. Mata, *Política y Comunicación ¿Hay un lugar para la política en la cultura mediática?* (págs. 13-20). Buenos Aires: Catálogo Editora.
- Saítta, S. (2004): "Modos de pensar lo social. Ensayo y sociedad en la Argentina (1930-1965)". En F. Neiburg, & M. Plotkin, *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina* (págs. 107-146). Buenos Aires: Paidós.
- Ulanovsky, C. (1997): *Parén las rotativas. Historia de los grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*. Buenos Aires: Editorial Espasa Calpe.
- Vommaro, G. (2008a): *"Lo que quiere la gente". Los sondeos de opinión y el espacio de la comunicación política*. Buenos Aires: Prometeo.
- Vommaro, G. (2008b): *Mejor que decir es mostrar: medios y política en la democracia argentina*. Buenos Aires: UNGS y Biblioteca Nacional.
- Waisbord, S. (1995): *El gran desfile. Campañas electorales y medios de comunicación en Argentina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Fuentes

Libros

- Grondona, M. (1977): "La objetividad profesional". En VV.AA., *Medios de Comunicación Social en la Argentina* (págs. 37-68). Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Lanata, J. (1988): *La guerra de las piedras*. Buenos Aires: Editorial/12.
- Lanata, J. (1991): *Polaroids*. Buenos Aires: Planeta.
- Lanata, J., & Goldman, J. (1994): *Cortinas de Humo. Una investigación independiente sobre los atentados a la embajada de Israel y la AMIA*. Buenos Aires: Planeta.

- Lanata, J. (1997): *Vuelta de página*. Buenos Aires: Jorge Lanata Producciones y Asociados S.R.L.
- Lanata, J. (2002): *Argentinos I*. Buenos Aires: Ediciones B.
- Lanata, J. (2003): *Argentinos II*. Buenos Aires: Ediciones B.
- Lanata, J. (2004): *ADN. Mapa genético de los defectos argentinos*. Buenos Aires: Planeta.
- Majul, L. (1990): *Por qué cayó Alfonsín, el nuevo terrorismo económico*. Buenos Aires.
- Majul, L. (1992): *Los dueños de la Argentina. La cara oculta de los negocios*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Majul, L. (1994): *Los dueños de la Argentina II. Los secretos del verdadero poder*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Majul, L. (1995): *Las máscaras de la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Atlántida.
- Majul, L. (1997): *Los nuevos ricos de la Argentina. Tiburones al acecho*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Majul, L. (1999). *Periodistas. Qué piensan y qué hacen los que deciden en los medios*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.
- Majul, L. (2002): *La Iluminada. Vida personal y política de Elisa Carrió*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Neustadt, B. (1977): "La agudeza del periodista". En VV.AA., *Medios de Comunicación Social en la Argentina* (págs. 9-36). Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Página/12. (1987). *El nuevo periodismo*. (J. Lanata, Ed.) Buenos Aires: Editora/12.

Revistas

- El Periodista de Buenos Aires* (1984, 1985 y 1986)
- El Porteño* (1984, 1985, 1986, 1987, 1988)
- Página/12* (mayo-junio 1987, mayo-junio 1988, mayo-junio 1989)
- Página/30. La revista mensual de Página/12* (1990, 1991, 1992)
- Perfil* (mayo-diciembre 1998)
- Somos* (1990, 1991, 1993)
- Veintiuno. La revista del siglo que viene* (1998, 1999, 2000, 2001)

Artículos citados

- Cooperativa de Periodistas Independientes (1985): Nota de presentación, en *El Porteño*, noviembre de 1985, pp. 3.
- Lanata, J. (1984a): "Medios. Tirar contra Belgrano", en *El Periodista de Buenos Aires*, n° 8, del 3 al 9 de noviembre de 1984. Sección "Transformaciones", pp. 42.
- Lanata, J. (1984b): "49° Asamblea Episcopal. Como quienes elaboraron el documento de los obispos argentinos", en *El Periodista de Buenos Aires* n° 10, 17 al 23 de noviembre de 1984. Sección "Política Nacional", pp. 4.
- Lanata, J. (1998): "Otra vez en casa", en *Veintiuno. La revista del siglo que viene* n° 1, 16 de julio de 1998, pp. 5.
- Majul, L.; Leuco, A.; Pazos, N. (1996): "Los periodistas no nos podemos hacer los inocentes porque no los somos", en *La Maga* año 5 n° 254, Buenos Aires, pp. 6-7.
- Majul, L. (1998): "Los favoritos de la prensa", *Diario Perfil*, mayo de 1998. Sección "Periodismo".
- Página/12 (1987): "Salió Página/12. Un nuevo diario en los kioscos", en *Página/12* n° 1, 26 de mayo de 1987, pp. 7.
- Muleiro, V. (1985): "Medios: Viejos reflejos de 'Tiempo Nuevo'", en *El Periodista de Buenos Aires* n° 34, del 3 al 9 de mayo de 1985, pp. 48-49.